
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata, Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta,
Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschi (Brixen)*

*Director y editor responsable: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

Editorial

P. Alberto Espezel 3 Von Balthasar

5 Una figura y una obra

Peter Henrici 17 La Trilogía de Balthasar

Cecilia Avenatti de Palumbo 23 Teología y literatura en diálogo. Gratuidad, paradoja y esperanza: tres claves para la configuración epocal de un lenguaje estético-dramático

Lucio Florio 31 ¿Quién escribe el (teo)drama?

Eduardo Mangiarotti 49 Teología III: El espíritu de la Verdad

Vincent Carraud 63 La Gloria y la Cruz y la historia de la metafísica

Xavier Tilliete 75 El sábado santo especulativo y el descenso a los infiernos

Rebeca Obligado 85 El bautismo de Jesús en los Padres de la Iglesia latinos

EL SÁBADO SANTO ESPECULATIVO Y EL DESCENSO A LOS INFIERNOS

Xavier Tilliette*

El Sábado Santo especulativo o Sábado Santo de los filósofos es, evidentemente, un calco del Viernes Santo del mismo epíteto y de reminiscencia hegeliana. El Viernes Santo especulativo (al final de "*Fe y saber*") aplica su noción (Begriff) a la especulación, es decir que la filosofía atraviesa una pasión expiatoria, una muerte y una resurrección, la analogía del Viernes Santo y del destino del concepto o del pensamiento y una clave de la aventura milenaria del espíritu en su relación con el curso de las cosas y del mundo, *Weltlauf. Tantae molis erat humanam condere mentem*. Lejos de abolir el Viernes Santo histórico, el especulativo lo confirma con toda su eficacia. Quisiera agregar que la asimilación del concepto al devenir histórico, el destino de la Idea, es en primer lugar un descubrimiento de Fichte que había identificado progresivamente la Doctrina de la Ciencia y el Verbo descendido a la humanidad. Pero tal vez esta audacia quedó como una metáfora.

No habría que omitir el origen accidental que pesó tan fuertemente sobre la mentalidad de ese contemporáneo intenso que era Hegel. El origen = la situación política generada por la Revolución Francesa, del regicidio al Terror. Son, para una mirada penetrante, los pródromos del nihilismo (palabra de Jacobi, de aplicación impropia) y del ateísmo propagados subrepticamente bajo la apariencia de la crítica dirigida a Fichte (*Atheismusstreit*) y que extraen su ilustración de la obra novelística y profética de Jean-Paul (Richter).

El Sueño de Jean Paul* - es el símbolo involuntario de una larga época... Leyendo un excursus de *Siebenkàs*, nos estremecemos ante la visión del Cristo errante, desclavado del Calvario, este gran Cristo salvaje y desamparado, el Cristo muerto de la noche del Viernes que recorre los mundos buscando desorientado a su Padre de los cielos. Pero los cielos están vacíos, el Padre no se manifiesta... el Sueño traducido por Germaine de Staël, quien omitió la tranquilizadora conclusión

* Xavier Tilliette, sj, nacido en Corbie en 1921. Ordenado sacerdote en 1951. Ha sido profesor del Instituto Católico y de la V. Gregoriana de Roma.

* Ver al final *Un sueño* de Jean-Paul Richter.

El sábado santo de la razón especulativa

del despertar, tuvo en su forma siniestra una repercusión sorprendente sobre todo en Francia. Los ecos se multiplican de Nerval a Nietzsche. El gran albatros atravesó los espacios siderales y las galaxias sin encontrar al Padre ausente. El Padre no existe, nadie en el universo inmenso y, por lo tanto, solo en el inmenso universo. El aeronauta filial es huérfano y todos somos huérfanos. Dos interpretaciones dividen el sentido del Sueño: sea como pesadilla atea y despertar en la acción de gracias, sea Apocalipsis del ateísmo y la sombra cubre el desierto de Dios pilotado por Feuerbach, Nietzsche, Sartre y los teólogos de la muerte de Dios. La lectura cristológica del gran novelista fue borrada.

Ante la visión atrapante de la errancia sin rumbo del Hijo en el espacio infinito ¿cómo no pensar en las visiones de Adrienne von Speyr? ¿Cristo perdido buscando al Padre donde no puede encontrarlo, allí en los dédalos de la muerte y el infierno? Al silencio de la muerte del Hijo responde el silencio del Padre. El Padre se calla, el Hijo está mudo.

El Sábado Santo especulativo puede leerse por lo tanto, en la perspectiva del Viernes Santo. En esta luz helada de la víspera, se convierte en existencial y sacramental de la muerte. Del morir espantoso, del último suspiro se pasa al estado de muerte y al misterio del más allá. Es el cuerpo muerto, la evidencia cadavérica. Fue llevado al abismo oscuro, al caos donde la contemplación genial y gemela de H. U. von Balthasar y Adrienne von Speyr en una simbiosis espiritual única, acompaña al barquero infernal y dantesco.

Blondel escribe en su *Diario íntimo* que el Sábado Santo es “nuestro día”. Palabra profunda. Nuestro día, el de nosotros, sobrevivientes, hombres en espera, entre la Pasión y la Resurrección, orilleros del Sábado Santo de la Historia. Este día de duelo y de silencio invita a meditar sobre la muerte. El Sábado Santo de Blondel no carece totalmente de esperanza, pero es una virtud gris, bajo la luz de un cielo plomizo, claroscuro del intervalo y de la interface. El Cristo de Blondel ha experimentado con anticipación la pena de los condenados. ¡Cristo en el infierno! Hasta allí llegó la Compasión, la simpatía que el filósofo denomina estigmatizante porque ha sido atravesada por el dardo de la muerte y sometida al veneno del pecado. Para Blondel, la Pasión es la llave de la larga vigilia. De la agonía del Huerto y del fuerte grito desesperado en la Cruz extrapola hasta el abatimiento del cuerpo tumefacto y martirizado. En esta muerte del ajusticiado “muerte más viviente que la vida” comienza la dolorosa pasión taciturna del alma separada. La calma se envuelve sobre el sufrimiento y el año siguiente (1984), más que nunca *consepultus*, el joven ofrece al Salvador su “languidez infinita”. Comulgó, como antes Adrienne, con el misterio del abandono insondable.

El primer episodio o la primera estación del Sábado Santo es el Descendimiento de la Cruz, admirablemente descrito con frecuencia en el arte. La Pietá

toma el relevo, como si nos acogiera con su belleza escultural milagrosa en el umbral de San Pedro de Roma. El cuerpo muerto inerte descansa sobre las rodillas de María; a ella le fue transferido todo el dolor amargo. *Attendite et videte*. Es el momento que precede inmediatamente a la inhumación: el cuerpo lívido y marmóreo de equimosis sobre el seno de la *Mater Dolorosa*. Sólo el Padre Fessard – porque dejo de lado las evocaciones violentas de Pierre Emmanuel – sólo el Padre Fessard medita la sobrecogedora aparición. María personifica a la Humanidad en su relación con el individuo, sostiene con Jesús una doble relación de Madre y de Hija. Es la conciencia de la Humanidad en su ofrenda eucarística. Ofrece a la víctima, el cuerpo maltratado, en sacrificio y holocausto. Este gesto eucarístico, dice Fessard no sin audacia, significa su maternidad sacerdotal. En cuanto al alma (separada) del Salvador, habita, como en un refugio, en la memoria de la Nueva Eva hasta el fondo del pasado, allí donde el antiguo Adán espera una visitación. María participa enteramente del sufrimiento y su soledad es una especie de agonía mortal. En ella fue inoculado el sufrimiento de la ausencia y del duelo. Extraña sustitución, en la que Balthasar y Adrienne ven un “acto de máxima obediencia”.

La segunda estación será la Deposición en el Sepulcro. Pero antes de envolver al precioso Cuerpo sin pecado con el sudario y las vendas, conviene detenerse un instante frente al más hermoso de los hijos de los hombres, inmóvil y rígido, alcanzado por el frío glacial. Así lo contempló, conmocionado, el ruso Rozanov. Así, sobre todo, obsesionó a Dostoievski. Estando de viaje exigió la vuelta al Museo de Basilea para volver a ver hasta impregnarse la pintura de Holbein, esta especie de plinto o plancha que desposa la impresión y el despojo del yacente. Dostoievski comunicó su conmoción frente a la imagen lívida a su joven émulo Hipólito el tuberculoso en *El Idiota*. Ya el príncipe Myshkin había padecido un espasmo ante una copia muy realista sobre un dintel del salón de Rogozin. La Naturaleza insensible aplastó, despiadadamente, la flor misma de su creación más sublime.... El Gran Inquisidor no será menos sensible ante el Aparecido taciturno cuyo mutismo real refuta su argumentación febril. Por el contrario, según el dulce príncipe Myshkin, la pintura de Holbein puede hacer perder la fe. Así piensa también el descreído devoto de Cristo, el ingeniero Kirilov de *Los Poseídos*, figura cara a Albert Camus.

Volvamos a la meditación de los *Ejercicios* en Fessard. La Humanidad se inclina hacia el Hombre que, en verdad, no eludió su destino natural. Conoció el morir, luego el estado de muerte, el estado duradero, la muerte como estado, al modo de un Etéocles entregado a la compasión fraternal de Antígona pero también presa de animales malhechores (en una bella página de la *Fenomenología del Espíritu*). Era necesaria la larga autopsia, la laguna temporal del largo día vacío para hacer del Cristo que transitó la pasión un Cristo que después transitó la muerte, porque la instancia temporal inscribe a la muerte y su angustia en la meditación del ejercitante que se enfrenta a la elección. Lo que no hay que quitar al ángel de la

El sábado santo de la razón especulativa

muerte es este dardo agudo que escudriña en lo profundo – decía Lévinas después de Rosenzweig. Una verdad que atrae luces fulgurantes sobre Cristo perseguido por la muerte, luces heredadas de las revelaciones de Adrienne von Speyr y de su director y discípulo.

A la Pietà sucede la Colocación en el Sepulcro, la Deposición. En el sepulcro nuevo como conviene al Primer Nacido entre los muertos. Un fragmento de Pascal, “Sepulcro de Jesucristo”, reúne anotaciones llenas de sentido y lapidarias que se encadenan a lo irreversible:

“Jesucristo está muerto, pero es visto, en la Cruz.

Está muerto, pero escondido, en el sepulcro.

Jesucristo no ha sido enterrado sino por santos.

Sólo los santos entran allí.

Es allí, no en la Cruz, donde Jesucristo toma una nueva vida.

Es el último misterio de la Pasión y de la Redención.

Jesucristo enseña, vivo, muerto, enterrado, resucitado

(frase tachada en el manuscrito)

*Jesucristo no ha tenido en la tierra otro lugar de repos
que su sepulcro.*

Sus enemigos no han dejado de trabajar sino en el sepulcro.”

Habría que comentar este texto enigmático que subraya al Dios escondido, el tema del ocultamiento y el Dios muerto en quien se cumplen a la vez las obras de la muerte y el sordo crecimiento de la Resurrección. Es la fase solitaria y nocturna de una vida que fuera pública y luminosa. La exposición del Calvario tiene su vertiente en el oscurecimiento y el mutismo del Sepulcro. Es anchuroso y se cierra en un misterioso y dramático viaje hacia el Sheol, hacia las tinieblas caóticas del Padre según Adrienne, que no puede dejar de hacernos pensar en la gnosis teosófica de Sigeh y Astarot premoniciones singulares que trashumaron en las interpretaciones schellingianas de Luigi Passeyron.

El Descenso a los Infiernos es un artículo del Credo que no es cuestión de tachar. El Infierno en plural designa, como el Limbo–, un lugar intermedio e indeterminado, Infiernos del paganismo y de la mitología, lugares de numerosos descansos, Reino o Imperio de los muertos, Hades, Tártaro profundo, Sheol y Gehena de la Biblia, Tinieblas exteriores, Reino de las Sombras. El Cristianismo en su poesía, su himnología y su liturgia retoman con frecuencia estas denominaciones como eufemismos del infierno eterno: *ne absorbeat eas Tartarus*. Una ambigüedad marca los viajes o descensos a los Infiernos de la literatura antigua y cristiana, de Homero y Platón a Virgilio y a Dante, a Milton, a Fénelon...

Es un género literario que tuvo su florecimiento. Claudel, en el *Descanso del*

Séptimo Día, inventa una transcripción china de este reino larvario en el que se sumerge el Emperador salvador y moribundo. En literatura, el tema infernal es muy explotado, como lo es el tema demoníaco; se confunde en Sartre o Genêt con la existencia infernal que muchos hombres viven aquí abajo, *verbi gratia*, la tipología de los campos de concentración o la hora 25. La teología distingue cuidadosamente los Infiernos y el Infierno. En el Credo, la lengua francesa dice *a los Infiernos*, pero el alemán deja intacta la ambigüedad: *abgestiegen zur Hölle*. El Infierno tradicional con la pena de daño, privación para siempre, y la pena de sentido: (vayan malditos) al fuego eterno. El castigo absoluto estalla violentamente, con una elocuencia inigualable, en la boca del Reprobado: aludo al famoso diálogo entre el Predestinado y el Reprobado, obra maestra de Jules Lequier, antorcha inflamada lanzada sobre el atrio de una catequesis antigua y severa. El suplicio eterno es tan intolerable que suscitó compasión por “los Santos que están en el Infierno” y la conmovedora hipótesis del mismo Jules Lequier acerca de los piadosos elegidos ¡que se postulan para obtener el derecho de visita como visitantes de una prisión! No haré más que una única referencia a la polémica injusta que tiñera de dolor el atardecer del Card. Von Balthasar: tuvo tiempo de replicar a sus detractores sabiamente y con calma y declarar que, como Fessard el dialéctico, no había imaginado una remisión de todas las penas ni adherido al sofisma del Infierno vacío ni al adagio “perezoso”: hay un infierno, pero no hay nadie dentro.

No se puede decir gran cosa de la tradición piadosa, dogmática y popular, de Cristo consolando en su calabozo la espera desvelada de Adán y de los Justos del Antiguo Testamento. Pero es un aliciente para la tendencia en la que prevalece la misericordia que termina en la apocatástasis de Orígenes y, sobre todo en la idea de la mitigación de las penas en los Padres denominados misericordiosos. El heraldo de esta súplica es el incomparable Péguy de *Juana de Arco* que ponía en trance al amigo de Baltasar e infatigable gran apóstol que fuera Jean Daniélou.

Sea como sea, la fenomenología del descenso a los Infiernos (la palabra fenomenología se adapta y enlaza con el mundo angélico en Edith Stein) acoge las extraordinarias visiones cristológicas de Adrienne von Speyr cuyos jalones son estas “efigies”, máscaras, despojos y espolios de innumerables pecadores. Es la caída en el caos, el precipicio donde el abismo atenaza a un alma torturada – pero es el misticismo de la Noche Oscura o de la Subida al Monte Carmelo. Los místicos pasaron por allí sea como espectadores, sea como actores participantes. Los abismos y los bajos fondos de la psique guardan horriblos encuentros y amargas sorpresas de las que no sacó provecho la imaginación del Dante. Es lo que en un momento arduo de la vida, Hamann el Mago del Norte llamó *Höllenfahrt der Selbsterkenntnis* ¡sin saber todo lo que decía inventando el psicoanálisis!

Balthasar conduce sus pasos más lejos que su amigo blondeliano Gaston Fessard forzando las puertas blindadas del Infierno con la herramienta de la esperanza catártica y la palanca del amor de Cristo más fuerte que la muerte y más vasto que el Infierno. Sin embargo, no borra el rigor cadavérico del *hoc* con Fessard, que

El sábado santo de la razón especulativa

María, cuerpo de gracia, acuna y suaviza; ella, creyente invencible cuya angustia mortal da vida nuevamente a su Hijo. Ella es la Fe, Ella sostiene el *Hoc* eucarístico, su Compasión destruye el envoltorio del pecado y elimina sus consecuencias. Por encima de esta profilaxis mariana desfilan los sentimientos que, quizá, recorrieron el discernimiento vocacional del joven Fessard ejercitante: una punción del alma, una angustia, la impresión de una agonía. “Después de que el hombre carnal, con los sentidos congelados, se acostara en el sepulcro y después de que los sueños unidos a estos sentidos descendieran llevados al reino de las sombras sin consistencia, se yergue un hombre interior, espiritual. El Ser para el que se sacrificó, la comunidad de los “vosotros” en la que eligió encarnarse, es ahora su verdadero cuerpo. Es para él el Sí mismo, el Sí mismo donde no se encuentra ninguna negación para el yo. Posesión de sí y de los otros “yoes”.

Lo que vale para Cristo vale para el ejercitante frente al terror de la elección y de la liberación para la decisión. Porque “la esperanza triunfal que brilla en el fondo de la soledad mariana” se renueva en el fiel como un *Exultet*.

La analogía pascaliana tabernáculo-tumba, la teoría del cuerpo inmolado de Fessard, conducen a la desconocida obra maestra de Rosmini, obra maestra inacabada, el comentario del Prólogo, “*La Introducción al Evangelio de San Juan*”. El Padre von Balthasar en una nota dirigida a mí, manifestó su emoción a raíz de la invención de Rosmini en la estela y la huella del *In verbo erat vita* en su estilo de anáforas y de poderosas olas. ¿La Vida misma puede morir, el Viviente por excelencia? No, dice Rosmini, la Vida persiste y se alimenta de Eucaristía. El pan comido en la última Cena alimenta al cuerpo roto que se recompone y se reconstruye... También los Apóstoles extraen de su comunión *in Christo mortuo* la renovación de sus fuerzas. El Magisterio tropieza ante la hipótesis peligrosa e inmediatamente descartada de un sueño pesado, plomizo, en las tinieblas de hierro... pero no censuró la idea de una vida alimentada por el pan de los Ángeles que expulsa el embotamiento. *Primitiae dormentium*. La vida eucarística en el Santo Sepulcro es una vida “indisoluble” transubstanciada. Linfa vital que, descendida a los Infernos, administra Jesús a las almas expectantes y saciadas de este modo. El Roveretano vio y explotó, después de Pascal, la analogía sacramental entre el “cuerpo entregado”, maná escondido, y la saciedad que prepara el Sábado Santo. El milagro del sacramento se produjo *in Christo mortuo*. El Pan vivo, el Viático, *sub specie mortis*, es la vida escondida de la Tumba sobre la que planea la sombra de la muerte.

La Eucaristía rosminiana, prenda y primicia de la inmortalidad, anticipa el leitmotiv secreto de Blondel, el Huésped deseado y recluso en el Tabernáculo. El joven pensador de Dijon veía en la Hostia la solución de todos los problemas. Es por lo que el Sábado Santo es “nuestro día”, el día de los fieles. De este modo, declara que la muerte de Cristo es una aurora, el crepúsculo de la mañana en la que avanzan, con mucha prisa, las Santas Mujeres portadoras de bálsamos aromáticos.

Traducción: Isabel Pincemin